



La comunidad como medio de evangelización¹

Fr. Sebastián Fuster, O.P.

La persona es, sin duda, la gran riqueza, el gran potencial de la comunidad. No hay colectivo sin individualidades. Y éstas no tienen por qué quedar diluidas en el conjunto. Al menos en nuestra Orden, uno de los valores preferidos, quizás el más potenciado y enriquecido, es la madurez y la responsabilidad personal (LCO 1,VI). Ninguna ley obliga a culpa porque Domingo quiere que sus hijos obedezcan "sabiamente", "no como esclavos bajo la ley, sino como hombres libres bajo la gracia". Ahora bien, la vida comunitaria es óptima cuando hay responsabilidad en los individuos; pero es pésima cuando, bajo la palabra "responsabilidad" se ocultan y justifican egoísmos e individualismos [...]

La persona, pues, no debe difuminarse en la comunidad, pero ha de realizarse en la conciencia de que es miembro. No es un individuo aislado, sino un miembro. No puede entenderse si no es en común unión con los demás. Sólo no es nadie. Enlazado con los otros viene a ser importante. Hasta los más insignificantes son necesarios (1 Co 12, 22). Leemos en LCO 100: "El ministerio de la predicación es una obra comunitaria e incumbe, en primer lugar, a toda la comunidad". La misma idea, en algunos Capítulos generales:

Nápoles (1974) afirma que "el tipo de vida elegido por santo Domingo no es un valor paralelo a nuestra misión apostólica: es el soporte necesario sin el que nuestras predicaciones perderían toda credibilidad".

Walberberg (1980) dice que "anunciar el nombre de Ntro. Señor Jesucristo desde una comunidad de hermanos profundamente unidos, sigue siendo nuestro camino de plenitud personal y de fidelidad evangélica en el seguimiento de Cristo" (n. 30).

Y Roma (1983) habla de la necesidad de comunidades que "vivan la radicalidad del Evangelio y que respondan a las necesidades espirituales de nuestro tiempo", para lo cual pide que estén "en estado de conversión continuo" (n.225).

Evangelización y comunidad han de ir, pues, "armónicamente equilibrados" (LCO 1). Es fácil pecar de "individualismo" o que cada cual se planifique su propia vida apostólica, quizás más como un "escape" de la comunidad que como una proyección de la misma. Es posible que, para muchos, el convento tenga más de "hotel" que de comunidad apostólica. Como es fácil también que el resto de hermanos considere una determinada obra como algo particular de tal fraile o de tal hermana, sin que en realidad la asuma. Conseguir que todos "se abracen y se acepten mutuamente como miembros de un mismo cuerpo" es un quehacer arduo (cf. LCO 4: C.A. 9, 11 y 92).

Relativizar todo programa particular y subordinarlo al proyecto común es básico en la vida dominicana. La vida común no es un medio cualquiera, como si fuera un trampolín que posibilita el lanzamiento al apostolado. Es un medio necesario, algo sin lo cual no es concebible evangelizar. Es un constitutivo esencial. La evangelización deja de ser dominicana si no es asumida por la comunidad y si no es realizada como proyección de la misma. Una persona que trabaja como francotirador, quizás pueda ser un buen cristiano y puede que hasta un buen evangelizador, pero nunca un evangelizador dominicano. Walberberg habla de "aceptación real de ser miembro de esa comunidad" (n. 31), es decir, no es un extraño. Pues bien, una comunidad dominicana, para que sea en verdad camino de evangelización, ha de abarcar esta triple faceta:

1.1. Comunidad evangélica

El Capítulo de Nápoles (1974), que afirmaba que los dominicos tienen que ser "profetas en un mundo nuevo", añadía que "no podemos ser profetas del Reino si no predicamos con nuestra vida tanto como con nuestras palabras". También el de Roma (1983) insiste en la necesidad de que las comunidades sean por sí mismas un "nuevo lugar" de evangelización y de diálogo (n. 36). Es la idea que leemos en las Constituciones de los frailes y de algunas congregaciones femeninas: es preciso edificar primero en el propio convento la Iglesia de Dios que se pretende extender por el mundo (LCO 3,2). De esta forma, "nuestra vida personal y comunitaria deberá ser tal que suponga una interpelación para el mundo, una predicación elocuente y, por consiguiente, el primer medio de evangelización" (C.A. 92).

La misma convivencia fraterna es ya una predicación, no verbal, sino práctica, del Evangelio. Es un signo del Reino en medio de una sociedad dividida. "Vosotros sois mis cartas credenciales" diría Pablo (2 Co 3,3), la prueba de que el amor no es una farsa. Para el Apóstol, las comunidades cristianas son algo más que agrupaciones que creen en Cristo. Son, por sí mismas, garantía de la presencia de Dios. El mismo hecho de estar unidos prueba que les anima su Espíritu (cf. 2 Co 3,3; 1 Jn. 4,11-18). Se trata de comunidades vivas, que se mantienen unidas no por unas convicciones o unas metas puramente humano-sociales (cualquier sociedad se coaduna en virtud de unos objetivos políticos, sociales, deportivos, etc.) sino gracias a una "corriente espiritual" que enlaza a los miembros. Es el Espíritu del Señor resucitado quien los une y les mueve a servirse en la fe y en el amor (Rm 8,9; 1Co 12,1-14; Ca 5, 13-26; Ef 4,1-16) [...]

Evangelizar no puede ser un activismo cualquiera. Ni es altruismo, ni es sentimiento humanitario, sino irradiación de una vida contemplativa. Contemplación y predicación se fecundan mutuamente. Se informan una a otra. No sabría decirse cuál es la primera. Domingo dedicaba el día al prójimo y las noches a la oración. Las pasaba llorando. "Daba tales clamores que se oían de todas partes. Y en su clamor decía: *Señor, apiádate de tu pueblo, ¿qué será de los pecadores?*" Orar por los pecadores equivale a "dar la sangre del propio corazón". Si consistiese en hacer valer nuestros méritos, pronto seríamos descalificados como el fariseo del Evangelio (Lc 18, 9-14). Cuando Domingo ora por los pecadores no se coloca aparte, ni enfrente, ni por encima de ellos. Se solidariza hasta tal punto con sus miserias que "se hace pecador" sin tener pecado (2Co 5,21). "Se hace uno de tantos" (Flp 2,7).

La evangelización ha de nacer del silencio y la contemplación... Cuando digo "contemplación" no digo tan sólo "oración" sino también "estudio". De entre los medios que "no pueden ser sustituidos ni cambiados sustancialmente" (LCO 1,VIII), el estudio ha sido siempre considerado por la Orden como algo específico, que llega a marcar la evangelización y que llega a convertirse en distintivo de la Orden. No es el fin de la Orden, pero sí un camino indispensable. La predicación dominicana ha de ser formada, doctrinal, que irá directamente a la verdad, a la inteligencia, no simplemente al afecto o sentimiento, ni tan sólo moralizante [...]

Como en la vida de santo Domingo, en nuestra Orden la predicación y la pobreza están íntimamente unidas. La pobreza no es sólo una especie de abnegación en sí mismo, sino también testimonio y medio apropiado para que nuestra predicación sea digna de crédito; es signo de su autenticidad y sinceridad... ¿Cómo podríamos liberar al rico del dominio de las riquezas y de otros bienes materiales, si nosotros mismos no viviésemos sobria y sencillamente? (LCO 31,1). ¿Y cómo podremos esperar que el pobre acepte seriamente nuestra predicación si no nos acercamos a él en su modo de vivir? (LCO 31,11). (Walberberg, 1980, n.17).

1.2. Comunidad evangelizada

Pues bien, esta comunidad que busca ser fiel al Evangelio e intenta plasmarlo en la realidad de cada día, ha de dejarse también "evangelizar", tomando una expresión de Pablo VI: "la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada, si quiere conservar su frescor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio (EN. n. 34). Ya el Concilio Vaticano II había afirmado que "la ley de toda evangelización es la adaptación de la predicación de la Palabra revelada" (GS 44; cf. 58). De Couesnongle hablaba de comunidades "que aceptan ser cuestionadas" (IDI 20-XII-76). Siguiendo a E. Barcelón creo poder distinguir tres rasgos de una comunidad que se deja interpelar: capacidad de adaptación, capacidad para lo positivo y capacidad sapiencial.

Capacidad de adaptación. La Orden, dice la Constitución Fundamental (LCO 1,VIII) "ha de tener la fortaleza de ánimo de removerse a sí misma y de adaptarse a las circunstancias discerniendo y probando lo que es bueno en los anhelos de los hombres". Se nos dice también que norma de toda evangelización es la "predicación acomodada de la Palabra revelada, sobre todo entre quienes están alejados de la fe" (LCO 99). Proclamar el Mensaje sin estar a la escucha de los tiempos resulta un parloteo sin compromiso. La Palabra de Dios se dirige al hombre real, de carne y hueso ... No se trata de evangelizar al hombre del siglo XIX, que ya no existe, sino al hombre de hoy, forjador del mañana. Como dice el Concilio, "es necesario conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza" (GS 4).

Capacidad para lo positivo... "El Dominico mira con simpatía y, más aún, acoge lo que tiene de positivo esta humanidad moderna", decía Quezon City y el Capítulo de Roma: "Consideren los valores que se difunden en muchos movimientos de nuestro tiempo" (n.83), "atiendan a los valores verdaderamente humanos que emergen con profusión en nuestras sociedades y traten de vincularlos con la idea cristiana del hombre" (n. 32) [...]

Capacidad "sapiencial". Sabio es el que ve las cosas "desde arriba", "desde las últimas causas" diría Tomás (I,1,6). En la construcción de un edificio, sabio es el arquitecto: abarca todo el proyecto con una sola idea; sabe el por qué de cada ladrillo; tiene una visión global y amplia. El peón, en cambio, padece miopía: sólo ve ladrillos o argamasa. Ser "sabio" en la vida es contemplar las cosas y los acontecimientos "desde el ángulo de vista de Dios". Verlas como Él las ve, mirarlas con sus mismos ojos. El Dominico -dice la Constitución fundamental- ha de obrar "sabiamente" (LCO 1, VI) y ello porque "nos consagramos totalmente a Dios" (LCO 1, III) [...]

1.3. *Comunidad comprometida*

Todo lo dicho conduce a un compromiso serio. Compromiso es: meter-Se, prometer-Se, Com-prometer-Se. Compromiso no es jugar, pero sí "jugarse la vida". ¿A qué nivel nos encontramos? [...] Domingo fue ciertamente un "profeta". Y lo han sido a lo largo de la historia muchos de nuestros hermanos. "Hijos de santos somos". Es necesario preguntarse hasta qué punto los dominicos de hoy seguimos sus huellas ¿Estamos en primera fila, o nos estancamos en ministerios más o menos cómodos e instalados? ¿Es nuestra enseñanza crítica o se limita a prometer cuatro seguridades? ¿Estamos en las fronteras, o nos contentamos con un magisterio fácil, tal vez movidos más por un objetivo económico que evangelizador? ¿Llevamos la Palabra a los ambientes descristianizados, o nos contentamos con seguir hablando a las "buenas personas" que se acercan a nosotros?

1.- Sebastián Fuster Perelló, "Caminos de evangelización hoy", en *Evangelización y carisma dominicano hoy en España*, XIII Encuentro de dominicanismo, Caleruega 1985, 28-34.